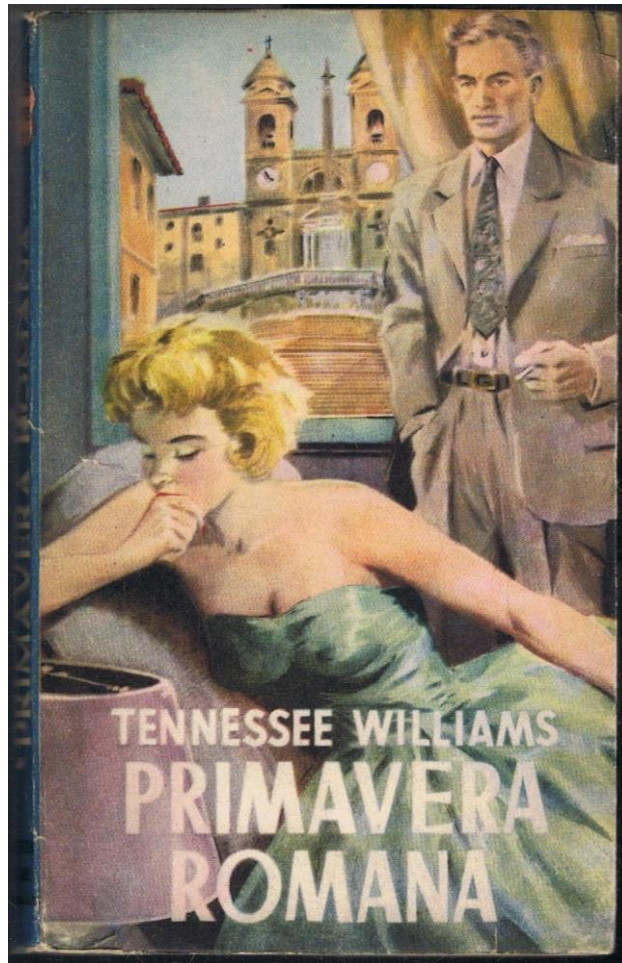


Tennessee Williams – Primavera romana



(evidentemente primera traduxion al español y publikacion de 1959 – A. S. Maldini – Dramatizacion Marta Gregorutti /2024/)

Nota: Propuesta de nueva forma o norma ortografika mas sencilla (instruxiones):

- 1) Puedes por lo menos eskribir totalmente sin todas tildes;
- 2) Extrakto desde mi komunikacion kon mi profe del español (modelo, muestra):

Nueva forma ortografika, prepuesta de mi, no te preokupes, sin tildes ya tambien porke pienso ke kada uno español sabe bien desde baja edukacion, donde p. l. m. acentuar y ademas tu mismo as eskrito ke la mayoridad no lo eskribe en absoluto. H se pronuncia nunca, V se algunas veces pronuncia komo B y vice versa. Doble R - segun mi tampoco inutil. C - kasi en todos los kasos se pronuncia komo K. CC – kasi siempre es X. Y Q tambien se pronuncia de verdad komo Q solo en algunos kasos. Perdoname, pero kiero facilitar, es mi kosa personal y talmente son ya konstruidos tambien mis sitios teatrales y kada uno aunke entiende bien. Por supuesto, a la

examen final respetare todas formas oficiales, sino ya pienso ke se, donde eskribir tildas y donde no.

SI LO ACEPTAS TAMBIEN EN TU DRAMATIZACION – ABSOLUTAMENTE TU KOSA, yo lo despues en kualkier kaso kontrolare y koregire segun mi gusto...

OTRAS INSTRUXIONES PARA ESKRIBIR:

- 1) **Lista de todas personajes (non-esenciales puedes omitir para no tener mas ke 10 aktores)**
- 2) **Forma de dialogos – NOMBRE DEL PERSONAJE: Texto**
- 3) **Notas escenikas – *en kursiva y eventualmente (en parentesis)***
- 4) **Espacio entre kada linea de replikas (1,5)**
- 5) **TODO SOLO SI TU ESKRIBIRAS KON ORDENADOR (salvo punto 1)**

MODELA DE NOVELA (kon sakar fotos a traves de la digitalizacion LOC – algunas veces puede ser kon erores u otra inexaktitud, pero no tengo mucho tiempo para koregirlos)

1 (markacion de numeros es solo informativa y sirve solo para mejor orientacion en texto komo markapaginas en navegacion, entonces no se trata de escenas partikulares)

A las cinco de una tarde de fines de marzo, el azul inmaculado del cielo de Roma había empezado ya a palidecer y la azulada transparencia de las estrechas calle jas había dado lugar a una opacidad vaporosa. Las cúpulas de las viejas iglesias, sobresaliendo por encima de los techos angulares como senos de gigantescas mujeres recostadas, estaban todavía bañadas por el sol, lo mismo que lo alto de esa inmensa cascada de escalones de piedra que desciende de la Trinitá di Monte a la Piazza di Spagna. Durante todo el día esa pródiga fuente que

desparrama escalones había reunido una multitud acurrucada al sol: personas sin ocupación regular o legítima, y gradualmente, a medida que el sol bajaba, esa horda de desheredados subía más arriba, como fugitivos de una inundación que trepan las colinas a medida que el agua iba subiendo. Ahora, los que quedaban se apiñaban en los escalones de más arriba para recibir la despedida del sol. La recibían con un aire de reverencia en sus rostros y

manos quietos, pues todos estaban ahora callados y casi inmóviles. Los individuos más movedizos, tales como los granujas vendedores de falsos cigarrillos americanos que hallaban la escala española un lugar conveniente para desaparecer de la vista y el alcance cuando la ocasión lo exigía, y los mendigos más prósperos que tenían fajos de billetes roñosos que contar en secreto, ya estaban abandonando la placita de arriba y bajando hacia las calles que habrían de llevarlos eventualmente hasta Vía Véneto, donde a esa hora pululaban los turistas norteamericanos.

En medio de la asamblea en disolución de la Piazza Trinitá di Monte se destacaba la figura inmóvil de un joven que parecía estar aguardando una señal de alguna clase desde las ventanas superiores o la terraza de un antiguo palacio que flanqueaba los tramos superiores de la escalera española. Su belleza era notable aun en una provincia donde es excepcional la falta de ella en un hombre joven. Era la clase de belleza que celebran las heroicas esculturas masculinas de las fuentes de

Rorna. Dos cosas la disimulaban un poco: la terrible pobreza de sus ropas y sus maneras cautelosas.

un

gabán negro, demasiado pequeño para su cuerpo

La única pieza de ropa decente que vestía

Era manos quietos, pues todos estaban ahora callados

y casi inmóviles. Los individuos más movedizos

tales como los granujas vendedores de falsos cigarrillos americanos que halaban la escala española

un lugar conveniente para desaparecer de la vista

y el alcance cuando la ocasión lo exigía, y los mendigos más prósperos que tenían fajos de billetes

roñosos que contar en secreto, ya estaban abandonando la placita de arriba y bajando hacia las calles

que habrían de llevarlos eventualmente hasta Vía

Véneto, donde a esa hora pululaban los turistas

recibían con un aire de reverencia en sus rostros y

norteamericanos.

En medio de la asamblea en disolución de la

Piazza Trinitá di Monte se destacaba la figura inmóvil de un joven que parecía estar aguardando

una señal de alguna clase desde las ventanas superiores o la terraza de un antiguo palacio que flanqueaba los tramos superiores de la escalera española. Su belleza era notable aun en una provincia

donde es excepcional la falta de ella en un hombre

joven. Era la clase de belleza que celebran las

heroicas esculturas masculinas de las fuentes de

Rorna. Dos cosas la disimulaban un poco: la terrible

pobreza de sus ropas y sus maneras cautelosas.

un

gabán negro, demasiado pequeño para su cuerpo.

Su cuello descubría un triángulo de marfileña carne desnuda; no se veía camisa alguna. Las perneras de los pantalones se le caían a pedazos. A través de enormes boquetes en los zapatos se le veían los pies desnudos. Parecía querer atraer la atención que su belleza atraía, porque cada vez que alguien lo miraba rehacía la mirada. Mantenía la cabeza baja y el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante. Y, sin embargo, su actitud era alerta. La tensión de su figura sugería que se hallaba continuamente a punto de levantar la voz o el brazo en alguna clase de llamado urgente o salutación.

Pero hacía ya rato que estaba allí de pie y todavía no se había dado señal alguna y no había llegado el momento de la salutación. Su vigilancia y su tensión no cedían, y cuando aparecieron dos personajes sobre la terraza, a cinco pisos sobre el nivel de la plaza, su atención subió aún de punto. Los oblicuos rayos del sol iluminaban aun la terraza del palacio y continuarían haciéndolo tal vez unos quince minutos más después que la escalera española les hubiera dicho hasta mañana. Las figuras de la alta terraza eran las de dos mujeres que vestían oscuros abrigos de piel, y los cuellos de esos abrigos de piel estaban levantados sobre sus rostros, de tal manera que desde abajo, a esa distancia, daban la impresión de ser dos exóticas aves gigantes posadas al borde de un precipicio. El joven las contemplaba tan ansiosamente como si fueran av

rapiña que estuviese en punto de abalanzarse
el en cualquier momento y llevárselo entre sus
ras. Mientras vigilaba, y aparentemente esperaba
algo, aprctó la boca con un gesto de dolor, y secre
tamente, temeroso de traicionar algo tan vergonu
so, sus largos dedos se deslizaron dentro del abrigo
neyro y apretaron el cálido, doliente centro de su
cuerpo donde estaba el hambre, como habla estado
por muchos días y noches desde que había descen
dido del casco de un pucblecito entre las colinas
del sur de Roma, y sabía que casi seguranente vol
vería a dormir con ella otra vez. Si bien sabía esto,
observaba sin mirarla la figura de un turista ame
ricano que se había detenido no lejos de él, bajo el
obelisco egipcio cuyos cripticos grabados paganos
parecia estar estudiando. Pero el joven sabía que
la mano metida en el bolsillo estaba por sacar un
paquete de cigarrillos y que le ofrecería uno. Si
aceptaba, se sucederían otros ofrecimientos, y el
hambre y toda otra molestia serían ahuyentadas
Por los días venideros. Sin embargo, sin devolver
las miradas del extranjero, sus ojos tasaron el va
lor de la cámara fotográfica suspendida de su hom
bro por una correa de cuero y la malla de oro de
aves
la muñeca y aun calcularon el tamaño aproximado
de la camisa y los zapatos. Pero cuando el turista mericano hio exactamente lo que él había espe
ado, sacudió cortésmente la cabeza y se retiró al
guos pascos y luego volvió a la contemplación fija
de lo alto del antiguo palacio: porque cuando un

hombre tiene una cita con el esplendor no osa
Hgacharse ante la mera comodidad..

En Mistress Stone había cierto esplendor que
habla reemplazado su anterior belleza. El conoci-
miento de que había perdido la belleza la había
sobrecogido poco tiempo antes y todavía lo olvida-
ba ocasionalmente. Lo olvidaba a veces en la pe-
numbra tamizada de seda de su dormitorio donde
los espejos le mostraban una engañosa imagen
levemente desvaída. Lo olvidaba a veces en la com-
panía de italianos que nunca la habían visto de
otra manera que como era ahora y que, además,
tenían el don de un misericordioso olvido de los
embalantes. Pero Mistress Stone había evitado
instintivamente el contacto con las mujeres que
había conocido en América, cuyos ojos, si no sus
lenguas, estaban inclinados a un incómodo asombro. Su actual compañera en la terraza de su depar-
tamento era alguien a quien había conocido inti-
mamente en su adolescencia, pero a quien poco
había visto desde entonces. Esa mañana se
habían encontrado en el departamento bancario del American Express. Para encuentros
semejantes Mistress
Stone tenía siempre lista una frase de evasión
"¡Qué alegría verla, pero justamente iba al aero-
puerto!" La otra persona podía creerle o no creer-
le, no importaba, lo importante era librarse de
ella con la mayor rapidez. Esa mañana, sin embar-
go, la frase no le había salido. La actitud de la
otra mujer era demasiado agresivamente dominan-

te. Irrumpió directamente a través de las defensas momentáneamente paralizadas de Mistress Stone. Quizá la rendición fuera parcialmente voluntaria, porque lo cierto era que Mistress Stone últimamente había sentido, y casi había admitido para sí misma, la necesidad de discutir ciertas cosas de su vida con alguien a quien hubiera conocido bien en el pasado. Hay intervalos en que una vida se encuentra nublada por un sentido de irrealidad, cuando se pierde la definición, cuando la voluntad racional, o lo que pasaba antes por tal, ha abandonado el control, o lo que pretendía serlo. En tales épocas hay un sentido de que se va a la deriva, si no es que se sucumbe, en un universo de flúidos o vapores en turbulenta agitación. Esta era la condición en que Mistress Stone últimamente se había sentido, y pensaba que podría solidificar o al menos clarificar las cosas un poco si pudiera hablar. Sobre ellas, aunque fuera indirectamente, con alguien de propio país con quien alguna vez hubiera tenido una relación bastante íntima. De modo que le había dicho a Meg Bishop: "Si, ven esta tarde a mi apartamento y hablaremos. Tengo mucho que contarte". Pero un momento después Mrs. Stone se había asustado de la inminente exposición. Fue como si hubiera accedido a que le practicaran una operación posiblemente fatal y a último momento le faltara el coraje para someterse a ella. Justo antes de la hora en que Meg Bishop debía llegar a su departamento, Mistress Stone había invitado a otras personas. Había llenado el departamento con los nuevos conocidos que utilizaba como un

escudo contra el pasado. Había esperado que no hubiera ocasión para una conversación confidencial, pero Meg Bishop no era tan fácil de eludir. Estaba determinada a tener la clase de conversación que Mistress Stone ahora ansiaba tanto evitar, y una vez más las defensas de Mistress Stone resultaron inadecuadas ante el ataque frontal de la otra.

Meg Bishop era una periodista que había escrito una serie de libros con el título general de Lo que Meg ve, todos ellos sobre acontecimientos cataclísmicos del mundo moderno, desde la guerra civil española hasta la guerra de guerrillas en Grecia. Diez años de asociación con magnates y grandes señores de la política le habían hecho perder todo rastro de afeminación en la voz y los modales. Infortunadamente, no escogía los trajes sastre que hubieran sentado con su voz tonante e incisiva y

con su porte alerta, militar. El regio abrigo de visión que llevaba, las perlas y el vestido de noche de tafetas, le daban un chocante aspecto de disfrazada; algo así como si el corpulento comandante de un acorazado se hubiera presentado vestido como una adinerada dama de club. No había en ella, por cierto, esa suavidad que Mistress Stone sentía necesitar. Había visión penetrante y análisis lúcido, pero esas eran precisamente las cosas que Mistress Stone más deseaba evitar por el momento. Había tratado de mantener a su huésped americana ocupada con los italianos, pero no se produjo la fusión. Miss Bishop dejó claramente sentado que no le agradaba el aspecto de esa gente, limitando sus

saludos a una sucesión de gruñidos escasamente audibles, a medida que Mistress Stone la llevaba de uno a otro de los pequeños grupos, y ésta se confundió tanto que no pudo recordar los nombres de sus huéspedes y mezcló sus títulos, y para el momento en que terminó a tropezones las presentaciones, con todo lo que temía quedarse a solas con Meg Bishop, estaba demasiado débil para resistir al abrazo que la empujó hacia la terraza donde no había nadie que interrumpiera una conversación entre ellas.

No bien puso el pie afuera, Mistress Stone pretendió sentirse molesta por el aire frío de la noche pero Miss Bishop contraatacó insistiendo en que ambas se pusieran los abrigos.

-Tengo que hablar contigo -insistió-, y es imposible hacerlo adentro.

Se envolvieron pues en pieles y volvieron a salir. Mistress Stone se levantó del todo el cuello de piel hasta que le tapó las mejillas, pero detrás de esa insuficiente protección su rostro decaído y envejecido tenía el aspecto de un halcón espiando desde el borde de un acantilado durante una tormenta. Se encontró tratando a Meg Bishop como si recién la conociera. Desplegaba sus soberbias maneras sociales y hablaba lo más ligero que podía, en un tono tenso y artificial, señalando aquí allá diversos puntos del panorama romano, casi todo el cual era visible desde el techo del palacio. Pero Miss Bishop respondía con gruñidos escépticos como si dudara de cada palabra de las que decía Mis-

ress Stone. De pronto trabó por la mano a Mistress Dtone en el momento en que señalaba a una de las siete colinas, y le dijo: Bueno, basta! A mismo tiempo deslizó su brazo alrededor de la Cintura de Mistress Stone. La presión de ese brazo despertó en ésta un recuerdo desagradable de la lejana adolescencia, cuando habían compartido a veces una cama en el dormitorio de un colegio del Este de Estados Unidos. En las noches frías se...

2 (markacion de numeros es solo informativa y sirve solo para mejor orientacion en texto komo markapaginas en navegacion, entonces no se trata de escenas partikulares)

... abrazaban para darse calor, y una vez había habido un leve y abortado episodio que había traicionado la posibilidad de un elemento menos inocente en Su intimidad. Fue algo tan torpe, y su recuerdo tan enbarazoso, que quizá ello explicara por qué después Mistress Stone nunca se había sentido ententamente cómoda en compañía de esta vieja amiga, aunque cada vez que la había encontrado se había sentido obligada a tratarla con el más cálido despliegue de cordialidad y a hablar y pensar siempre de ella como "mi amiga más antigua y querida. -Oyes lo que te estoy diciendo? -gritó Meg. Mistress Stone asintió, aunque en realidad no había estado escuchando. Había estado contemplando a través de las puertas de cristales a una joven pareja que bailaba casi sin moverse y sin dejar espacio entre los cuerpos. Ahora se dieron

cuenta de que ella los observaba; y se separaron con aire de suficiencia y Mistress Stone le hizo un gesto al muchacho. Él pareció no hacerle caso.

Encendió el cigarrillo de su compañera y dieron a espaldas a la puerta.

1Nadie sabe por qué lo hiciste! -estaba diciendo Meg.

-Hice qué?

Abandonar la escena!

-Tenia bastante ya.

- Uno puede retirarse de

un

negocio, pero no se puede

retirar de un arte,

Se puede. -dijo Mistress Stone— cuando

uno

Finalmente que no tiene talento para él.

-Talernto!-dijo Meg. ¿Qué es el talento sino la habilidad para desempeñarse en algo? Y tú te desempeñabas bien en algunos papeles muy difíciles.

Por supuesto, cometiste un error al hacer Julieta la edad de Mistress Alving. ¡Oh, oh! Ese fue un error! Todo ese satén blanco y esas perlas estaban destinadas a crear una atmósfera de virginidad, pero la ilusión no resultó. Cuando sonaron los violines y ese precioso pequeño Romeo se deslizó debajo de tu balcón, serntí ganas de gritarle: ¡Cuidado, pajarito, te atraparé entre sus garras y te hará pedazos!

-¿Quieres decir que yo parecía un buitre?

-No, jun águila imperial!

-Tal vez -dijo Mistress Stone- eso explica mi fracaso en el papel, ..

En ese momento el joven que había estado bailando detrás de la puerta de cristales salió a la terraza en respuesta a otra señal más urgente de Mistress Stone, pero sólo se quedó un momento. Hizo una cómica mueca de disgusto hacia el sol poniente y volvió inmediatamente la espalda a la puerta de cristales.

Mistress Stone lo llamó por su nombre, que era Paolo, e hizo un rápido movimiento en su dirección, pero él no se volvió.

-Odio el sol frío -dijo, no me gusta cuando ha perdido el calor.

Esta observación causó una desagradable impresión a Mistress Stone, que no pasó inadvertida para la mujer que la tenía asida del brazo.

-No es raro -dijo Meg- cómo las mujeres de nuestra edad empezamos de repente a buscar hermosura en nuestros compañeros masculinos? ¿Iú te casaste y al parecer estabas enamorada de un homrecito rechoncho que parecía un conejito de Pascua. Recuerdo haberle oído decir a alguien, entonces, que Karen Stone debía haberse casado a fin de evitar la copulación. Pero ahora..

-Yo amé mucho a Tom Stone-dijo secamente Mistress Stone.

-Puede ser, pero él no tenía derecho de arran

carte del escenario y luego caerse muerto un mes o dos después, sin dejarte otra cosa a que acudir que sus sucios millones.

-He acudido a mucho más que eso -dijo Mistress Stone.

-Por ejemplo, a que?

-A este país, a esta gente.

Si quieres decir ese hatajo de majestuosas bellidades y epícoras petimieras que has reunido allí. ¡bueno, todo lo que puedo hacer es reírme cortésmente en tu propia cara. Tienen una suerte de elegancia, sí, y los jóvenes son bonitos y me dicen que hacen el amor muy lindamente. ¿Pero basta con pedir eso a una sociedad humana?

-Yo creo que sí --dijo Mistress Stone.

-Escapismo!-dijo Meg. Esta era una palabra favorita suya, un término de acusación que lanzaba contra todos los aspectos del mundo de las flaquezas morales e intelectuales que ella se sentía llamada a fustigar. Lentamente, bajo sus ojos, como un cultivo patológico bajo el lente de un microscopio, el fenómeno de Mistress Stone había empezado a asumir la claridad y el significado de un símbolo. La veía no individualmente como una mujer rica y ociosa que había sido antes actriz pero había abandonado la escena, presumiblemente debido a su fracaso en un papel para el cual era demasiado vieja, sino como el principio básico de una sociedad y una época que había marchado ciegamente hacia el derrumbe. No la compadecía. Con-

sideraba la compasión como una niebla que velaba la lente del análisis, y en esta terraza romana le agradaba sentir que estaba dirigiendo una persecución en miniatura del mal que estaba latente en toda la historia moderna, pues la decadencia anti-guedad áurea de la ciudad que yacía a sus pies y el semblante avejentado y asustado de la mujer que estaba a su lado le decían a Miss Bishop la misma palabra abominable, y esa palabra era: corrupción.

-No creo que seas sincera -estaba diciendo, Pero aunque lo fueras, y aunque tuvieras más energía que talento, ¿qué piensas hacer ahora con esa energía? ¿Ponerla en el bolsillo como la llave de una casa en la cual ya no vives más? La energía lo puede emplearse en otra cosa que en la acción, ¡y cuando digo acción no quiero decir promiscuidad sexual! ¡Si, voy a llamar a las cosas por su nombre! Y vas a tener que escucharme. Te diste inyecciones contra la tifoidea antes de embarcar en el Queen Mary, y, ¡por Dios, ahora vas a recibir una sola inyección de verdad de alguien que te quiere lo bastante para dártela! ¡Estoy escandalizada de ti, Karen, estoy escandalizada y asqueada de lo que parece estar haciéndote a ti misma, y no soy la única persona que lo está! Si crees que aquí has escapado a la observación o evitado el comentarlo, ¡permíteme librarte de esa equivocación! ¡Ha habido una fantástica índole y cantidad de veladas insinuaciones en todas las columnas de chismes de

Nueva York, Londres y París! No puedes escapar a la atención pública mas de lo que puedes desho-llarte la piel de todo el cuerpo. Permítame que te diga, el personaje corriente de una mujer de edad madura locamente enamorada de un lindo muchacho, en realidad, de una serie de lindos muchachos del tipo "chulo" o "gigoló", adornada pero no ocultada por algún título resonante, es...

-¡Aguarda!-exclamó Mistress Stone. Tironeó del brazo circundante de Miss Bishop y trató de desasirse de él, pero el brazo se apretó más y la voz continuó.

-No, me tienes que oír; ¡Supongo que no me vas a prestar atención, pero tendrás que oírme! He venido simplemente para decirte esto. La gente sabe lo que estás haciendo. No hay nadie que te haya conocido, y por cierto nadie que te haya apreciado que...

Quiénes son esas personas que me han apreciado"-gritó Mistress Stone. ¿Puedes mencionar alguna?

-¡Miles! Tú representabas...

-¡Varios papeles! Pero jamás a mí misma!

-Es esto tú misma?

-¡Este... Tiberio hembra! que ahora parece estar representando...

La puerta de cristales se abrió como si un viento hubiera soplado desde adentro.

Mistress Stone pasó rápidamente entre sus invitados como si estuviera haciendo a un lado diversos vestidos buscando uno determinado en un guar-

darropa. Cuando llegó a la puerta de su dormitorio alguien la tocó en el hombro. Sin volverse dio un manotón sobre la mano que la retenía. Probablemente le dejó la marca de las uñas. Luego abrió la puerta, y la cerró de golpe, y las voces, la música de la victrola, el lejano repiquetear de la rueda de la ruleta y el arrastrar los pies de los bailarines dejaron de escucharse, fueron mucho menos en realidad, que el sonido del grifo del lavabo en el cuarto de baño. Ella se echó agua tibia en la cara. Dio una sonora boqueada, pero todas esas expresiones de sentimientos violentos parecían no tener relación con nada que sucediera en su cabeza. Su cabeza estaba asombrosamente tranquila, como si hubiera tenido encerrado en ella un pájaro salvaje que ahora había huido por alguna abertura invisible. No. No hacía falta que tomara el sedante que había ido a buscar sin pensarlo. Se sentó en el gabinete y cerró la puerta que ahora se convirtió en su rostro en un espejo, y vio que el rostro la miraba, en parte con curiosidad, en parte con intranquilidad, y mientras la miraba, un rubor cubrió el rostro como si lo hubiera sorprendido haciendo algo de lo que se avergonzaba. ..

La deriva!

Entrar en una habitación y salir de una habitación porque no tenía objeto entrar, ni más objeto volver a salir. Eso era ir a la deriva. La deriva era todo lo que uno hacía sin tener una razón. Pero es que había acaso una razón para algo? Oh, uno po-

dia inventar una razón, y algunas eran plausibles. Algunas eran bastantes plausibles para ser aceptadas en la forma en que es aceptada una excusa cortés por conveniencia o por razones sociales. Pero no había habido nada. Por un largo, largo tiempo parecía haber habido esa nadería que comenzó cuando se rompió el hilo de perlas y ella hincó las uñas en una mano que trataba de retenerla y después corrió a reanudar el acto de destrucción en el escenario que estaba inundado de una luz azul muy tenue como una envoltura de papel de seda a través de la cual ella irrumpía con las garras de un ave encadenada. Hacía mucho tiempo. El suficiente para no recordar. Y cómo se llamaba el hombrecito regordete que vivía con ella? Amado profundenamente en alguna forma que ya no podía recordar. Y todo ese tiempo, ¿qué era de él? No tenía relación con nada de lo que ahora existía. Él, o ello. Era todo una cosa que había terminado en un juego de alguna clase, alguna suerte de magia escénica por la cual ello continuaba a pesar de haberse detenido. Sí, detenido. ¡Stop! Una palabra que imitaba el final de una acción. Algo que se arroja contra la pared y se para con su sonido seco, y luego cae allí. Pero ella no se había detenido, ella seguía a la deriva. Tenía un vaso en la mano, un vaso de agua tibia que estaba sorbiendo, pero no se había detenido allí. Continuaba a la deriva, ahora salía del baño, ahora entraba en el dormitorio, ahora salía del dormitorio a la terraza. Y ahora miraba hacia abajo. La luz había desaparecido. Era

"prima sera". Todo papel de seda azul. Pero todavía, allá, debajo de la aguja de piedra procedente del antiguo Egipto, estaba el joven de notable belleza que ayer le hiciera un gesto obsceno. Allá abajo, esperando...

Le volvió la espalda, con un estremecimiento de desagrado...

No había ningún sonido. Todos se habían ido.

No había nada que hacer sino seguir a la deriva en el vacío de las habitaciones.

-Dios se compadezca de ti -le dijo Miss Bishop a Mistress Stone cuando ésta huyo de ella, por la abierta puerta de cristales, hacia su dormitorio. Ella no la siguió, la dejó ir, porque había cumplido lo que se había propuesto hacer; había clavado algo agudo en el cuerpo de Mistress Stone. Era la revancha de algo acaecido hacia mucho tiempo, y estaba Satisfecha. Pero se sentía sacudida. Profundamente sacudida. Por alguna razón que no podía entender, se sentía casi tan enervada por la persecución como la misma Mistress Stone. La gran claridad mental de que se preciaba estaba momentáneamente perturbada y nublada, como si un monstruo acuático hubiera surgido de las profundidades de un mar opaco sin romper del todo la superficie sino solamente agitándola con sus movimientos debajo de ella. Se apartó de él bruscamente. No era tan analítica como había supuesto. No era tan valiente como había pensado, y su comprensión estaba limi-

tada a los grandes caracteres de imprenta del impulso colectivo que ella creía era el significado de lo que llamaba vida por falta de una palabra más larga y más impresionante. En ese estado de perturbación, rodeó la esquina de la terraza y se encontró frente a otro par de puertas de cristales. A través de ellos vio a Mistress Stone entrar en un dormitorio. La vio cerrar de un golpe una puerta y dejar caer al suelo su envoltura de pieles y correr a un cuarto de baño. Miss Bishop tocó el picaporte de la puerta de cristales, pero no se abrió, estaba centrada por dentro. Golpeó y sacudió la puerta pero no recibió respuesta. Oyo un lejano ruido de agua corriente. De modo que después de un momento volvió a la esquina de la terraza, pensando que quizá debiera quedarse hasta que se disolviera la reunión, pero permanecer donde estaba, afuera, asomada a la balaustrada de la terraza. Desde allí miró, con aire ausente, al pozo de la placita de abajo. Los últimos restos de luz solar tocaban las inscripciones paganas sobre el liso granito rosa del obelisco, y directamente debajo de él, apoyado de espaldas en él, como si estuviera por pronunciar una conferencia sobre él, estaba la figura de un joven solitario, de asombrosa belleza. Parecía estar mirándola directamente en la cara, en realidad parecía a punto de llamarla o levantar un brazo para saludarla. Pero Miss Bishop sólo lo miró por un segundo. Realmente no le prestó atención hasta unos momentos después, cuando repentinamente notó que se había apartado del obelisco y ahora estaba de pie directamente debajo de la sección de la balaustrada sobre la cual ella

estaba incinada. Al ver que las manos salían de los bolsillos y convergían hacia adelante, comprendió que estaba por hacer aguas contra la pared. Con un leve gesto de repulsión se retiró de la balaustrada y volvió al interior del departamento. La concurrencia estaba dispersándose. La música había

3 (markacion de numeros es solo informativa y sirve solo para mejor orientacion en texto komo markapaginas en navegacion, entonces no se trata de escenas partikulares)

Kontinuacion viene...